

El legado de la Reforma Protestante en América Latina: riesgos, desafíos y oportunidades

(Reflexiones sobre el texto de René Padilla - **Nancy Bedford**)

Gracias por esta rica reflexión. Allá lejos y hace tiempo, cuando yo era una joven teóloga recién recibida, René fue una de las primeras personas que me hizo un lugar para presentar y publicar. Así que para mí es un gran gusto y un gran honor compartir este momento con él, con el gran amigo Harold y con todos ustedes.

Se nos insta a pensar específicamente acerca del *legado* del protestantismo en AL.

Escuchando la presentación de René, pensaba en las cosas que como protestantes nos unen y que nos separan del catolicismo institucional y popular (que por otro lado es tan variado) y las cosas que pueden resaltarse más claramente a la luz de esa relación. Específicamente, ¿cuáles son nuestras particularidades, las cosas que nos hacen lo que somos (en este caso protestantes)? ¿Y esas particularidades, constituyen un legado que vale la pena seguir transmitiendo?

Siempre recuerdo una pregunta que me hizo un cura católico una vez cuando todavía vivía en Buenos Aires y a veces enseñaba algunas materias en el instituto de los salesianos. Me preguntó, muy interesado, realmente queriendo saber: ¿Ustedes *qué es lo que tienen*? Agregó para aclarar: Nosotros tenemos a la Virgen, a los santos, a la religiosidad popular. Y ustedes, ¿qué?. La suya fue una forma bastante clara de plantear la pregunta: Y ustedes, los protestantes, ¿qué legado transmiten?

A la luz de la presentación de René, se me ocurren tres elementos que creo son un legado valioso del protestantismo en AL, pero que a veces también se desdibujan: (1) el sacerdocio de todos los cristianos y todas las cristianas; (2) la centralidad de la Escritura; y (3) la habilidad de sobrevivir como minoría religiosa no-constantiniana. Habría muchas cosas más, por supuesto, pero para cada una de estas tres quisiera señalar una posible distorsión y un corolario.

1. El **sacerdocio de todo creyente** tiene que ver con nuestro redescubrimiento como protestantes del vínculo directo con Dios que permite la gracia de Jesucristo actualizada por el Espíritu de Dios. El único sumo sacerdote es Cristo, nuestro hermano, y al ser

adoptados y adoptadas por Dios y sumarnos a la vida en el Espíritu, pasamos a ser un pueblo de sacerdotes cuya única ordenación es el bautismo. La comunidad de fe es central pero no necesitamos una mediación sacerdotal más allá de la que provee Cristo. Esto lleva a la descentralización del ministerio ordenado formal. Los pastores y las pastoras son líderes necesarios, pero no son ni mediadores ni mediadoras entre Dios y su pueblo. Un legado central del protestantismo es la tendencia profundamente horizontal e igualitaria de su eclesiología. Aunque en algunas denominaciones existan “obispos” o hasta “sacerdotes,” en nuestras eclesiologías eso no significa lo mismo que en el catolicismo romano. Nuestra lógica no es ni debe ser jerárquica. Nuestro legado es precisamente la horizontalidad y el ministerio colegiado compartido por toda la comunidad de fe de acuerdo a los dones que distribuye el Espíritu. Esto es una buena noticia sobre todo para las mujeres, pero también para cualquier sujeto subalterno. El sacerdocio, el teologado y el papado son de todos y todas, no de una sola persona ni de unas pocas personas, por simpáticas y capaces que sean. El corolario o correctivo de este legado es la importancia vital de una educación cristiana también de carácter horizontal: si todos y todas van a ser sacerdotes, pues todos y todas necesitan y se merecen una buena educación teológica, en la iglesia local y más allá de ella. La distorsión de este legado es la división y la fragmentación (cada uno siguiendo su propio parecer sin molestarse por desarrollar una hermenéutica comunitaria) que de hecho nos han caracterizado.

2. La **centralidad de la Escritura**. Ustedes ¿qué tienen? - me preguntaba con razón el cura. Pues, tenemos un relato, tenemos la historia de Jesús de Nazaret. La vivimos, la internalizamos y la expresamos a través de las historias bíblicas, las interpretaciones, los sermones y las críticas de los sermones, los testimonios, las oraciones: hay una gran densidad discursiva e interpretativa que es parte vital de nuestro legado. ¡Cómo nos gusta hablar y hablar de la Biblia! Sin la Biblia y su interpretación se disuelve nuestro legado. Pero cuando caemos en la bibliolatría y en los fundamentalismos bíblicos hacemos que nuestro precioso legado se vuelva venenoso y hasta mortal. Convengamos que la Biblia no es de fácil interpretación – no es ni siquiera un solo libro, sino una colección de muchos textos escritos por mucha gente diferente, en épocas diferentes, con propósitos diversos y utilizando una variedad de géneros literarios. La posible distorsión de la

centralidad de la Escritura se manifiesta entre otras cosas en hábitos que pueden llevar a la utilización de la Biblia para destruir vidas. El corolario o el correctivo ante este tipo de reduccionismo bíblico es recordar la centralidad del seguimiento de Jesús de Nazaret por la fuerza del Espíritu en comunidad como clave para la interpretación de la Escritura. Tenemos que vivir insertos materialmente en la dinámica del relato de la buena nueva, no solamente llenarnos la boca de loas acerca de la Biblia.

3. La habilidad de sobrevivir como **minoría religiosa no-constantiniana**. En América Latina y el Caribe tenemos bastante práctica con esto de no ser poderosos, de no ser la voz cantante, de no tener acceso a prestigio ni a mucho dinero. Muchas veces nos hemos lamentado por esto, pero en realidad es un favor no tener la sartén por el mango. A mí me asustan los evangélicos que quieren ser hegemónicos; me parece que no nos conviene detentar el poder del modo que algunos quieren. Eso no quiere decir que no podamos tener una influencia realmente significativa como sal y luz en el mundo: claro que sí, y es importante que aportemos nuestra voz y nuestras manos a las luchas por la justicia, con compasión y amor por la gente a la manera de Jesús. Podemos ser fieles desde nuestra trayectoria minoritaria y aportar mucho a nuestras sociedades. Pero la distorsión de querer ser amos y señores o la ilusión de que si fuéramos mayoría todo estaría más que bien es sumamente peligrosa. El corolario o correctivo a la distorsión de este legado es que seamos fieles –realmente fieles- en lo que se nos ha dado, sin querer tomar el control de toda la sociedad.

Para concluir, quisiera pasar estos tres puntos por un tamiz, que es el de la perspectiva de las personas que en realidad son y siempre han sido mayoría en nuestras iglesias: las mujeres. Es importante visibilizar y articular las vivencias de las mujeres porque a veces se presuponen, pero no se dicen (aunque nos guste hablar) y termina siendo que no se toman en cuenta. No hablo por todas las mujeres, pero para mí como mujer, el sacerdocio de todo cristiano y toda cristiana quiere decir que no necesito el permiso ni la mediación de un varón ordenado para relacionarme con Dios. Que los varones en la iglesia son mis iguales, mis colegas, mis compañeros, mis hermanos, mis amigos y mis co-discípulos. No son mis superiores porque en el reino de Dios tal como lo interpreta el legado protestante no deben existir las jerarquías ontológicas. No soy un complemento de ellos, sino una persona que se relaciona en mutualidad con otras personas.

Como mujer, la centralidad de la Escritura significa que puedo encontrarme (o a veces no) en los relatos bíblicos, examinándolo todo y reteniendo lo bueno. Puedo entender que la Biblia fue escrita casi exclusivamente por varones (y a veces eso se nota mucho), pero que no se limita únicamente a los intereses de los varones poderosos, sino que apunta al camino de Jesucristo en el que no hay judío ni griego, varón ni mujer, esclavo ni libre. Significa que puedo ser parte de una comunidad hermenéutica en busca de la vida abundante que nos prometió Jesús. Y como mujer que es parte de una comunidad de fe no mayoritaria, no hegemónica, no jerárquica y no constantiniana, puedo ejercer mis dones dentro de los muros de la iglesia y fuera de ellos en la sociedad, sin sentir que pertenezco o represento una organización que quiera dominar, disciplinar y castigar ni a las mujeres ni a nadie, pues representa un camino de paz y no de violencia, de misericordia y no de juicio, de justicia y no de venganza. Nuestro legado protestante, el saber que Dios nos regala una manera concreta de vivir la gloriosa libertad de los hijos y de las hijas de Dios, es algo valioso y precioso. Pero también es un legado frágil y fácil de distorsionar. Como teóloga y como mujer, siento como parte de mi vocación el poder articular y compartir estas cosas con ustedes, tanto las buenas como las malas, sin pretender ser una voz autorizada ni autoritaria, sino como parte de la gran nube de testigos y agradecida también por las voces de ustedes. Muchas gracias y gracias nuevamente a René por sus contribuciones a través de los años y esta noche en particular.